

LA DUALIDAD

Pseudónimo: HAYA

Nací y no tardé mucho tiempo en darme cuenta de que lo había hecho en el lugar equivocado. “**Debe ser torpe**”, oía murmurar a las vecinas mientras subía las escaleras de casa terminando de detallar los dibujos de árboles que acababa de hacer. Ni siquiera giraba la cabeza. Cerraba la puerta de la habitación a mi espalda, y me sentaba a escribir encima de un dibujo en concreto explicaciones que había leído en alguna parte sobre el acorchado de su tronco, la profundidad de sus raíces, las aves a las que prestaba cobijo, o la valentía inquebrantable de sus hojas.

El bosque de detrás de mi casa me servía de refugio silencioso y atemporal. No había un lugar más perfecto que ése para mí. Allí, de entre todos aquellos árboles robustos y cuarteados, solamente uno sentía que era mío. En la suave pendiente de sus ramas tenían descanso mis ojos al final del día, y los abruptos recovecos de sus raíces –como manos sedientas rompiendo la superficie del suelo frío- acogían la cordillera de mi columna vertebral al apoyarme contra ellas; me quedaba así, quieto y silencioso, durante horas.

El día en que fui consciente del todo de que en ese pequeño espacio de bosque me sentía más a gusto que en ninguna otra parte, y de mi miedo a que un día mi árbol pudiese desaparecer, llené apresuradamente una mochila con ropa, la cargué a mi espalda y abandoné mi casa con la intención de no volver más. Los costados crujientes de mi árbol parecían haber estado esperándome cuando los

LA DUALIDAD

palpé –como quien inspecciona un nuevo hogar- y me tumbé a sus pies, apoyando los talones en el tronco.

En esa posición podía ver el breve movimiento de todas las hojas, apreciar el blanquecino terciopelo de sus enveses y cobijarme bajo la cruda protección de su copa.

Mucho tiempo después percibí el primer hormigueo. Una raíz, encogida y nudosa, había logrado trepar por encima de mi tobillo. Me incorporé y, mirándolo bien, nadie podría haber distinguido entonces separación alguna entre el árbol y yo. Estaba más cerca de él que de ninguna otra cosa. Me tumbé de nuevo, muy quieto, y continué esperando. Sentía que así, de alguna forma, no desaparecería nunca.